

# LOS DIEZ LIBROS.

DE LAS ÉTICAS O MORALES DE ARISTÓTELES, ESCRITAS  
A SU HIJO NICOMACO, TRADUCIDOS FIEL Y ORI-  
GINALMENTE DEL MISMO TEXTO GRIEGO EN  
LENGUA VULGAR CASTELLANA, POR PEDRO  
SIMÓN ABRIL, PROFESOR DE LETRAS HU-  
MANAS Y FILOSOFÍA, Y DIRIGIDOS A LA  
S. C. R. M. DEL REY DON FELIPE,  
NUESTRO SEÑOR; LOS CUALES, ASÍ  
PARA SABERSE CADA UNO REGIR  
A SÍ MISMO, COMO PARA EN-  
TENDER TODO GÉNERO  
DE POLICÍA, SON MUY  
IMPORTANTES



*A la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, nuestro señor, Pedro Simón Abril, profesor de Letras humanas y Filosofía, S. Y P. F.*

Cuando me paro a considerar las cosas que del gobierno y policía humana los historiadores antiguos, griegos y latinos, han dejado escritas, S. C. R. M., las graves consultas sobre casos muy importantes, las discretas y dulces oraciones y prudentes pareceres, que se cuentan del Ateniese, del Bizancio, del Lacedemonio, del Corcireo, del Romano, de otros muy muchos pueblos, cuyos hechos los historiadores dejaron en perpetua memoria por sus célebres his[torias, y, por el contrario, veo cuántos siglos ha que en los gobiernos de los pueblos y ciudades hay tanto silencio en esta parte, y ni se dicen ni se escriben cosas prudente y discretamente dichas en los senados y ayuntamientos dellos, no poco, en realidad\* de verdad, me maravillo; y como el maravillarse de las cosas, como Aristóteles en su *Metafisica* escribe, es la causa de inquirir la causa dellas, póngome también a considerar de dónde procede esto, y en qué viene. Porque no son más indóciles ni rudos los

entendimientos de los hombres destes tiempos que los de aquéllos; antes bien (como se puede ver por los ingenios de la guerra, y de otras muchas cosas que vemos en estos tiempos tan sutiles, 5 que casi con razón nos reímos de la rudeza de aquéllos cuanto a esto), parecen ser más aptos que nõ aquéllos. Pues no menor ocasión para ello hay agora, y ha habido siempre, que la hubo entonces, pues así en la guerra como en la paz se han ofrecido en el mundo, y ofrecen, cosas en que la 10 elocuencia y prudencia pueden desplegar anchamente sus banderas. Sola una causa hallo, y ésta tengo para mí que es la total causa desto, que es la diversidad de los lenguajes. Porque aquellas 15 naciones, en su propia y vulgar lengua, en la cual nacían, y en que se criaban dende los pechos de sus madres, en la que trataban comúnmente en casa, de fuera, con el siervo, con el amigo, con el padre, tenían escritas las doctrinas de los sabios, 20 las oraciones de los elocuentes, los graves pareceres de los prudentes senadores; de manera que ninguna dificultad les podía causar para entenderlos el tener poco uso y experiencia de la lengua, cuya ignorancia del todo impide el llegar al cabo 25 de entender el ser y naturaleza de las cosas, las cuales tratan los hombres mediante los vocablos, como las contrataciones mediante los dineros. Y así, con mediana diligencia que ponían, venían a ser doctos: ni les era forzado para sólo entender

el lenguaje, como agora lo hacemos, gastar los mejores años de la vida. Pero agora, después que el vulgar uso de hablar es tan diferente, los hombres no tienen comúnmente noticia destas cosas; y todo aquello en que varones muy sabios, para común provecho de todos, echaron el resto de sus habilidades, ha venido a reducirse en provecho de muy pocos, y aun de algunos que el saberlo ellos importa no mucho para la común utilidad de la república. Porque, considere V. M. cuán pocos son en número los que aprenden las Letras griegas y aun latinas, en comparación de tantos millares de hombres como hay en tanto número de pueblos y ciudades que al señorío y gobierno de V. M. están sujetas, que ni entienden la una lengua ni la otra. Pues de los que las estudian, ¡cuántos son los que, espantados del trabajo que se ofrece pasar hasta llegar a entender del todo el propio modo del hablar de los griegos o latinos, se paran en mitad de la corrida! ¡Cuántos que, teniendo por fin último la exterior utilidad, toman de la lengua latina sólo aquello que para las ciencias que ennoblecen más las bolsas que los ánimos, les basta; y destas cosas de la filosofía, como cosas al parecer dellos poco provechosas, del todo se descuidan! ¡Cuántos que, por ser hombres ajenos de negocios y aficionados a la contemplación, ya que estudian estas cosas, las estudian más por su curiosidad que no para ponerlas en uso, lo cual ha-

cer es del todo pervertir la moral filosófica. De  
manera que si queremos bien echar la cuenta, ha-  
biéndose escrito y trabajado estas cosas para bien  
y utilidad generalmente de todos, por la diversi-  
5 dad de las lenguas ha sucedido que sirvan para  
pocos, y éstos para los que menos importaba que  
sirviesen. Pues ¿qué será si consideramos la difi-  
cultad que para el entenderlo bien, aun a los que  
lo tratan, les pone el no ser estas lenguas usadas  
10 vulgarmente? ¿Cuántos lugares están puestos en  
disputa, por no saberse bien del todo qué es lo que  
aquel pueblo por aquellas palabras entendía co-  
múnmente? Porque de la misma manera que aconte-  
ce a muchos, que topando una moneda extran-  
15 jera, y que no corre por aquella tierra, común-  
mente unos dicen ser moneda de tal o de tal rey,  
otros de tal o de tal príncipe, otros dicen que no,  
sino de tal o de tal pueblo, así también acerca del  
interpretar de los vocablos hay muy grande con-  
20 tienda y diversas opiniones, en las cuales exami-  
nar se gasta gran parte de la vida. Por estas y  
por otras muchas dificultades parece que conver-  
nía al bien común de toda la república y reinos  
de V. M. que, ya que las ciencias que se aprenden  
25 por sola curiosidad y contemplación del entendi-  
miento, como son las matemáticas y físicas, queda-  
sen en estas lenguas, al vulgo peregrinas, a lo me-  
nos la parte de la filosofía que toca a la vida y cos-  
tumbres de todos, y a la común administración

della, la entendiesen los nuestros en su vulgar lengua, la cual yo no hallo por dónde sea menos capaz de recibir en sí las sciencias que en aquel tiempo fué la de los romanos. Porque entendiendo todos lo que, en lo que a su oficio toca, deben hacer para ser tales cuales desean ser reputados y tenidos, menos dificultad terná V. M. y su Supremo Consejo en regirlos, de manera que hagan lo que deben. A más desto, que el pueblo tiene de sí dadas muchas muestras de que cosas semejantes las abrazará con mucha voluntad, pues los libros de muchos que de las cosas naturales y matemáticas han querido escrebir, de suyo, con mucho regocijo y voluntad los ha abrazado y tiene en mucha estima, por donde es de creer no terná en menos, sino en mucho mayor, las cosas de aquellos sabios antiguos, escritas y vertidas de tal manera en lenguaje de todos, que se dejen entender, pues la autoridad dellos lo merece así, y el deseo que de aprovechar a todos tuvieron comúnmente; y aun tengo por cierto lo acertarían más los que de suyo quieren escrebir, en declararles al pueblo las doctrinas dellos en lengua que se entendiese, que no en escrebir de suyo cosas que ya están dichas por muchos, acrecentando las librerías, no por ventura con tanta utilidad. Por estas y otras causas me pareció vertir de griego en lengua vulgar castellana los *Morales* del filósofo Aristóteles y los libros de *República*, como libros de

cuya lición entiendo redundará al pueblo gran provecho, pues podrán entender por aquí las cosas de que los más ninguna noticia tienen vulgarmente, y que son de preciar a cualquier buen entendimiento mucho más que los grandes tesoros y riquezas, pareciéndome ser cosa conveniente que, pues el pueblo no se podía acomodar a la lengua en que ellas se escribieron, se acomoden ellas a la lengua en que el pueblo pueda percibir las; y para que más fácilmente puedan entenderse, porque el modo de escribir de Aristóteles es muy artificioso, tuve por útil, con propios escolios o argumentos, declararlos. Esta versión y trabajo, por muchas razones, me pareció que a sola V. M. debía dedicarse, y señaladamente porque cosa que toca a buen gobierno y lustre de muchas y muy esclarecidas virtudes, a nadie se debía dirigir con tanta razón con cuanta a V. M., cuya prudencia en tanta paz y quietud mantiene y rige tantos y tan distantes reinos, y cuya bondad y justicia en tantas partes del mundo es tan amada de los buenos cuanto temida de los malos. Aunque en alguna manera temo no tome este mi trabajo ya a V. M. fatigado con tantas dedicaciones como varones de célebre doctrina han hecho a V. M. de sus trabajos y me acontecerá lo del papagayo con Cesar, que lo tomó ya cansado de oír saluciones. Pero la gravedad del auctor y la utilidad de la obra, y el ser el primer fruto que de este filósofo sale en

lengua castellana, me da ánimo a que crea V. M. lo tomará debajo su protección y amparo; ni el ser el intérprete persona no afamada será parte para que el autor pierda la reputación que con tanta razón tiene entre los doctos, de tantos años 5 a esta parte ganada y adquirida.

# PRÓLOGO

## DEL INTÉRPRETE AL LECTOR

EN EL CUAL SE LE DECLARA EL MODO DEL FILOSOFAR DESTE  
FILÓSOFO, Y LA ORDEN QUE HA DE SEGUIR EN LEER ESTOS  
LIBROS CON LOS DE REPÚBLICA.

5

El allanar un camino y reparar los malos pasos dél, cosa cierta es que, aunque ello sólo no es bastante para llevar a uno al puesto para donde lleva aquel camino, convida, cierto, a lo menos para que más gentes se aficionen a lo andar, que se aficionarían si no estuviese reparado. De la misma manera, si el modo de proceder de un auctor y la orden de sus escritos se declara en el principio, muchos más se aficionarán a lo leer, que no si sin luz ni declaración ninguna se hobiese de andar por su lectura. Por esto me ha parecido declarar al benigno lector el modo de proceder Aristóteles en toda su moral filosofía, para que, animado con este general conocimiento, con mejor esperanza de aprovechar, entre en su lectura. Trátase, pues, Aristóteles en la moral filosofía, de la misma manera que un prudente arquitecto en el hacer de un edificio. Porque el arquitecto lo primero que hace es trazar en su entendimiento la forma y traza que le ha de dar al edificio, las alturas, los repartimientos de aposentos, y todo lo demás que requiere aquella suerte de edificio que determina edificar. Hecha ya su traza, procura los medios y materiales de que lo ha de edificar: la madera, el ladrillo,

10

15

20

25

la tiza, la clavazón, la piedra, y las demás cosas de que se ha de hacer el edificio, las cuales procura reconocer si son tales cuales deben ser para el edificio, y así hace labrar la madera, picar la piedra, cocer bien el ladrillo, y después, conforme a la traza de su entendimiento, echa sus cimientos, levanta sus paredes, hace sus pilares, cubre su tejado, reparte sus estancias: y así da el remate a su edificio. Desta misma manera se trata este filósofo en su moral filosofía, en la cual pone como por su último fin, dibujar una república regida bien y con prudencia, porque éste es el último fin de la felicidad humana, digo de la que se puede alcanzar en esta vida, que de la otra él poca noticia tuvo, o, por mejor decir, ninguna. Pero como los materiales de que se ha de edificar esta república son los hombres, como en el edificio las piedras y maderos, antes de hacer su edificio de república, la cual es la materia de la otra obra, procura en ésta, que a la otra precede, disponer la materia, que son los hombres, y tratar de sus costumbres y obras y de las demás cosas que para alcanzar los hombres su último fin han menester. ¶ Esta es, pues, la materia o argumento deste libro: tratar de la felicidad del hombre, en qué consiste y por qué medios se alcanza; y porque los medios son los hábitos de virtud, mediante quien fácilmente los hombres en buenos actos y ejercicios se ejercitan, por esto trata de las virtudes, como de medios por donde se alcanza la felicidad. Disputa, pues, en el primer libro, cuál es el fin o blanco adonde todos los hombres procuran de enderezar sus obras para alcanzarlo, como el ballestero sus tiros para dar en el blanco, y prueba ser éste de común parecer de todos la felicidad, aunque cuál sea esta felicidad, no todos concordan; pero dejadas aparte opiniones de juicios lisiados, de parecer de todos los que bien sienten de las cosas, prueba consistir en el obrar conforme a razón perfecta; pues lo mejor que en los hom-

bres hay, y aquello con que en alguna manera frisan con Dios, es el uso de razón; y cabe en razón que nuestro bien haya de fundarse en lo mejor que en nosotros hay, y no en lo peor; y porque obrar conforme a razón perfecta y conforme a virtud es todo una misma cosa, por eso muestra cómo toca a esta materia tratar de las virtudes, y hace dos géneros de virtudes según las dos partes con que el alma obra: virtudes morales, que son hábitos de la voluntad, y virtudes contemplativas, que tocan al entendimiento, y desta manera da fin al primer libro, dejando para los otros el tratar de las virtudes. **¶** Presupuesto ya por el primer libro cuál es la verdadera felicidad, y cómo para ella importa entender los hábitos de virtud, así moral como contemplativa, comienza en el segundo a tratar de las virtudes, y trata las cosas que comúnmente pertenecen para todas, sin descender a ningún género dellas en particular. Declara las causas de las unas y de las otras, y cómo las virtudes morales se alcanzan obrando, y las contemplativas aprendiendo; cómo las virtudes morales son medios entre exceso y defecto, y la materia en que consisten son deleites y tristezas. Demuestra cómo los actos antes de alcanzar hábito son imperfectos. Pone la definición de la virtud. Propone cómo en semejantes ejercicios hay dos maneras de contrarios: extremo con extremo, y cada extremo con el medio. Da por consejo que nos arrimemos al extremo que más fuere semejante al medio, para más fácilmente alcanzar el medio que buscamos. Estas cosas que comúnmente a todas las virtudes tocan, trata en el segundo. **¶** En el tercero, particularmente, viene ya a tratar de cada género de virtud por sí. Primeramente disputa qué cosa es acto voluntario, y qué cosa es voluntad libre y cuál forzada; declara cuál es elección o libre albedrío; qué cosa es consulta y qué manera de cosas vienen en consulta; cómo todo lo que escogemos lo escogemos en

cuanto o es bueno o nos parece serlo; cómo el libre albedrío consiste en la potencia a dos contrarios. Tras de esto declara qué cosa es la fortaleza del ánimo y en qué difiere de la temeridad, y también de la cobardía, y con qué señales la discerniremos: cuál es la propia materia de la fortaleza. ¶ Después trata de la virtud de la templanza, mostrando consistir en el regirse bien en lo que toca a los deleites sensuales, y cómo hay deleites necesarios, y otros vanos y sin necesidad, y cómo se peca más en éstos que en aquéllos. Últimamente hace comparación entre los contrarios destas dos especies de virtudes, y esta es la suma de lo que se trata en el tercero. ¶ En el cuarto trata de la liberalidad y de las virtudes anexas a ella, como son magnificencia, magnanimidad y otras desta suerte. Declara cuál es la materia en que se emplea esta virtud, y qué extremos viciosos le son contrarios, qué diferencia hay de la liberalidad a la magnificencia; en qué géneros de cosas consiste la magnanimidad o grandeza de ánimo; qué extremos viciosos le son contrarios; cómo se deben apetecer las honras y qué falta puede haber en cuanto a esto. Después trata de la mansedumbre y de los extremos viciosos que le son contrarios; de la buena conversación y los vicios que en ella puede haber; de la llaneza de la verdad y vicio de la lisonja; de las gracias y burlas cortesananas y de los extremos viciosos que puede haber en ellas, de la vergüenza, si es virtud y en quién se requiere haber vergüenza. Esta es la suma de lo que trata el cuarto libro.

¶ En el quinto libro disputa de sola la justicia. Primeramente distingue de cuántas maneras se entiende la justicia y de cuál se ha de tratar aquí, que es de la particular, que consiste en los contractos, y qué vicios le son contrarios; divídela en lo que toca a lo público, que son las honras, y en lo que a lo particular, que son los contractos y intereses. Declara cómo se han de repartir, y a

quién, las honras públicas en cada género de república; cómo se han de haber los hombres en hacer justos contractos; qué cosa es la pena del Talión, y cómo el dinero es la regla de los contractos. Muestra cómo el que hace por hábito es digno de mayor premio o castigo que el que comienza de obrar; cómo hay justo natural y justo positivo; cuántas maneras de agravios puede hacer un hombre a otro; cómo ninguno puede voluntariamente recibir agravio; qué cosa es ἐπιείκεια o moderación de justicia, y cómo alguna vez la ley se ha de interpretar conforme a ella; cómo a sí mismo nadie puede agraviar. Esto es, en suma, lo que en el quinto de la justicia Aristóteles declara. 5 10

¶ Declaradas en los libros pasados las virtudes morales tocantes a la voluntad, que eran las del primer género, en el sexto libro emprende tratar de las virtudes del entendimiento, que son las contemplativas. Primeramente declara qué cosa es recta razón, cuántas son las partes del alma, qué manera de virtudes corresponde a cada una, por qué vías viene el ánimo a entender la verdad de las cosas, cuántas maneras de hábito se hallan en nuestro entendimiento. Después declara qué cosa es sciencia, de qué géneros de cosas tenemos sciencia, qué cosa es arte, y cuántas maneras hay de artes, qué cosa es prudencia, y en qué cosas consiste, y cómo de los demás hábitos difiere, qué conocimiento es el que llamamos entendimiento, y qué cosas conocemos con él, qué hábito es sabiduría, y quién se ha de llamar sabio. Tras desto pone cuatro partes de la prudencia: regir bien una familia, hacer buenas y saludables leyes, juzgar bien de las causas, proveer en común lo necesario, qué cosa es consulta, qué el buen juicio, qué el buen parecer, y a quién cuadra, en qué manera son útiles estos hábitos para la felicidad. Al fin pone diferencia entre la bondad natural y la adquirita, y da fin al libro sexto. ¶ En el séptimo trata de la extrema 15 20 25 30 35

bondad, que es divina, y de la extrema malicia, que es bestialidad; qué cosa es continencia e incontinencia, y en qué difieren de la templanza y disolución; cómo puede ser que uno sienta bien de las cosas y obre mal; en 5 qué género de cosas se dice uno propriamente continente o incontinente; en qué difieren la continencia y la perseverancia; si puede haber alguno que sea del todo incontinente; cómo el refrenarse de bestiales apetitos no es absolutamente continencia; cuál incontinencia es más 10 o menos afrentosa; cuántas maneras hay de deleites; cómo la continencia e incontinencia consisten en los deleites, y la perseverancia y flaqueza de ánimo en los trabajos; qué diferencia hay del disoluto al incontinente; qué diferencia hay entre el constante y el terco o porfiado; cómo ni la prudencia ni otra virtud alguna puede 15 estar en compañía de la incontinencia, ni de otro cualquier vicio; qué opiniones hubo acerca del deleite, si es o no es cosa buena; cómo las razones de los que decían no ser cosa buena no concluyen bien, y cómo es bueno el deleite; cómo hay algún deleite que es el sumo bien, y que 20 hay deleites fuera de los sensuales; cómo los deleites sensuales engañan con apariencia falsa de bien. Esto es la suma de lo que en el séptimo se trata. ¶ En el octavo trata de la amistad, cuán necesaria cosa es a todo género de hombres; cómo todo lo que se ama es por razón 25 de bondad, de utilidad, o de deleite verdadero o aparente; cómo hay tres diferencias de amistad: honesta, útil, deleitosa, y cómo la perfeta es la honesta; cuán necesaria es entre los amigos la presencia; cómo no se puede 30 con muchos tener amistad perfeta; qué manera de amistad hay entre las personas diferentes en estado, y cómo se ha de conservar; qué manera de amistad es la de los lisonjeros; cómo entre los pueblos hay amistad útil; qué diferencias hay de repúblicas, y qué manera de amistad en 35 cada una; de la amistad de compañeros y de la de los

parientes más o menos cercanos; de la de entre el marido y la mujer; cómo de todas las amistades la más sujeta a mudanzas es la útil; de las faltas que puede haber en las amistades entre superiores y inferiores. Esta es la materia y suma del octavo.

5

¶ En el libro nono se trata de cómo se han de conservar las amistades de cualquier género que sean; qué está obligado a hacer un amigo por otro; cómo en perderse la causa de las amistades, se pierden también ellas, y cómo la más durable de todas es la fundada en virtud; que para tratarse bien el amistad ha de hacer cuenta cada uno que el amigo es otro él, y tratarse con el amigo como tal; de qué maneras se puede definir el amigo; qué diferencia hay entre ser amigo de uno y tenerle buena voluntad; qué cosa es concordia, y en qué se dice propiamente; cómo el que hace el bien ama más que el que lo recibe; qué cosa es amor propio, y cómo se ha de distinguir, y en qué cosas es bueno y de alabar, y en qué malo y de vituperar; qué manera de amigos ha menester el próspero, y qué el que está puesto en adversidades y trabajos; cómo en sola la amistad civil y popular se pueden tener muchos amigos, pero en las demás, no; cómo ambas a dos maneras de fortuna requieren amigos, pero diferentes la una de la otra; cómo el sello de cualquier manera de amistad es vivir en conversación y compañía, y cómo cada amistad ama los ejercicios que le son semejantes. Esta es la suma de lo que en el nono se declara.

10

15

20

25

¶ En el décimo se da el remate a la materia de las costumbres, y trata del deleite primeramente, proponiendo las varias opiniones que acerca dél tuvieron los pasados; cómo el deleite es de suyo cosa buena; aunque no conviene seguir todo deleite; y cómo las razones de los que tienen lo contrario no concluyen; qué cosa es el deleite, y debajo de qué género de cosas se debe comprender, y en qué difiere de otras de aquel género; cómo

30

35

los deleites unos de otros difieren en especie. ¶ Después trata de la felicidad, la cual puso al principio como por blanco, adonde se habían de encaminar todas las humanas obras y ejercicios. Primeramente declara qué cosa es la felicidad humana; después hace dos especies della: una que consiste en contemplación, la cual prueba ser la más perfecta felicidad; otra que consiste en el tratar bien los negocios, conforme a lo que de las virtudes morales está dicho, la cual no es tan perfecta; cómo el contemplativo, por la parte que tiene de corporal, tiene alguna necesidad de lo activo; cómo el varón sabio es el más bien afortunado. Finalmente, concluye probando cómo en esta filosofía lo menor de todo es el saber, si no se pone en práctica y uso lo que se sabe; lo cual es de la misma manera que en nuestra religión cristiana, la cual saber y creer conviene para la salvación; pero si la vida no conforma con el nombre de cristianos, la tal fe es sin fruto. Porque dice nuestro Cristo, que no el que le dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de su Padre, que está en el cielo, y a sus discípulos les dice que serán bienaventurados, si hicieren lo que él les enseñaba, y en la sentencia del juicio final da el premio eterno por las buenas obras, aunque ellas de suyo no lo merecen, sino que él por su misericordia las acepta como si lo mereciesen.

Todo lo que hasta aquí ha hecho Aristóteles, ha sido disponer los materiales para su edificio de república, que son los hombres y sus obras; los cuales, si están persuadidos que conviene vivir conforme a uso de razón y no a su voluntad, poco queda que hacer en ordenar una república, porque todos serán obedientes al buen uso de razón. Pero porque, en fin, en tanta variedad de hombres no se pueden todos reglar por razón, es menester la potestad, fuerza y gobierno para que, por temor de su daño, dejen los hombres de hacer lo que no dejan por

amor de la virtud y uso de razón. Por esto en la otra obra se trata de la república y gobierno común, la cual, con el favor divino, también daremos de tal manera interpretada, que puedan los nuestros entenderla.

Resta brevemente advertir a qué parte de la filosofía 5 pertenece esta materia, para que el lector mejor entienda lo que trata. Filosofía, pues, quiere decir afición de saber, el cual nombre dicen que inventó Pitágoras por huir el nombre de arrogancia. Porque como la verdadera sabiduría esté en Dios, y los hombres no tengamos sino 10 un rastro o sombra della, mezclada con muchos errores y varias opiniones, pareciole, y con razón, a Pitágoras, que llamarse un hombre sabio era grande arrogancia; preguntado por Leonte, príncipe de los Fliasios, qué profesión tenía, respondió que era filósofo. Replicando Leonte que 15 le dijese qué cosa era filósofo, dijo Pitágoras que la vida humana le parecía a él ser semejante a las fiestas olímpicas que los griegos celebraban, a las cuales, unos iban por ganar los premios que se daban a los que vencían en las contiendas, otros por vender allí sus mercaderías, 20 otros, y éstos parecía que eran los más generosos de todos, iban no más de por ver lo que pasaba. De la misma manera, en la vida, unos pretendían cargos y dignidades, que eran como los que querían ganar la joya; otros ganar la hacienda, que eran como los que iban a vender; otros 25 que gustaban de sólo considerar y entender las cosas, y que éstos llamaba él filósofos. De aquí quedó el nombre de filosofía, y así, hasta el tiempo de Sócrates, todos los filósofos se empleaban en contemplar el ser y naturaleza de las cosas, sus movimientos, números y cantidades, en 30 lo cual consiste la fisiología y aquellas ciencias que, por la excelencia de sus demostraciones, se llaman matemáticas. Pero Sócrates (como en sus *Tusculanas* escribe Marco Tulio), viendo que las cosas naturales ya tenían quien las gobernase sin que los hombres hobiesen de te- 35

ner cuidado dellas, derribó, como el mismo Tulio dice, la filosofía del cielo, y la introdujo en las casas y república, y comenzó a disputar de lo bueno y de lo malo. De aquí vino a partirse la filosofía como en dos bandos  
5 o parcialidades, y comenzaron a llamarse unos filósofos naturales, porque ponían su estudio en considerar y contemplar la naturaleza de las cosas, y otros morales, porque trataban de las costumbres de los hombres, que en latín se llaman *mores*, y del gobierno de la república y  
10 de lo que cada uno debe hacer para cumplir con lo que está obligado. Nació después otro estudio, comenzando de Platón, y reformado después por Aristóteles, que fué del modo de disputar y demostrar la verdad en cada cosa, y los que la trataban se llamaron lógicos o dialécticos, al  
15 cual estudio unos llamaron parte, otros instrumento de la filosofía. Pero esto para lo presente importa poco. Estos libros, pues, y los de república, pertenecen a la parte moral y filosofía activa, ni tienen que ver con la contemplativa y natural.

20 Cuánto trabajo sea verter de una lengua en otra, y especialmente abriendo camino de nuevo y virtiendo cosas que hasta hoy en nuestra lengua no han sido vistas ni entendidas, cualquier justo y prudente lector puede conocerlo. Porque el que vierte ha de transformar en sí  
25 el ánimo y sentencia del auctor que vierte, y decirla en la lengua en que lo vierte como de suyo, sin que quede rastro de la lengua peregrina en que fué primero escrito, lo cual, cuán dificultoso sea de hacer, la tanta variedad de traslaciones que hay lo muestran claramente. Esle tam-  
30 bién forzado, en cosas nuevas, usar de vocablos nuevos, los cuales, recibidos, no acarrean mucho aplauso, y repudiados, dan ocasión de murmurar a los demasidamente curiosos y que van contando las sílabas a dedos, y leen más los libros por tener que murmurar, que por aprovecharse dellos, y antes ven un lunar para reprender, que  
35

las buenas aposturas para alabar, haciendo el oficio de las parteras que, sin parir ellas nada, escudriñan partos ajenos. Pues ¿qué diré de la dificultad en el verter de los lugares, cuya sentencia depende de la propiedad y etimología del vocablo, lo cual en griego acaece a cada paso, donde si el mismo vocablo no se queda, parece cosa de disparate? Todo esto he dicho, no por encarecer mucho mi trabajo, sino por advertir al lector de que no se enfade si algunos vocablos leyere nuevos en nuestra lengua, que son bien pocos, como son los nombres de especies de república, Aristocracia, Monarquía, Timocracia, Oligarquía, Democracia, pues en la lengua latina le fué también forzado a Marco Tulio usar de muchos vocablos griegos, no sólo en las ciencias, las cuales sacarlas de sus vocablos es perderlas, pero aun también en las forenses oraciones. También si algunos lugares hallare que no tengan la cadencia de la oración tan dulce como él la quisiera (lo cual yo he procurado cuanto posible me ha sido de hacer), entienda que es muy diferente cosa vertir ajenas sentencias que decir de suyo, porque en el decir de suyo cada uno puede cortar las palabras a la medida y talle de las sentencias; pero en el vertir sentencias ajenas de una lengua en otra, no pueden venir siempre tan a medida como el intérprete quiere las palabras. Finalmente, por la común humanidad, ruego, y con buen derecho pido, que si algo hobiere no tan limado, se acuerden que es hombre el que lo ha vertido, y que no puede estar siempre tan en centinela, que no diese alguna cabezada.